

Presentación.

El Centro Comunitario Culhuacán: una apuesta por la colaboración para conservar y difundir el patrimonio

En abril de 1984, el antiguo convento de San Juan Evangelista abrió sus puertas a una comunidad y desencadenó un proceso que, si bien contaba con un andamiaje conceptual proveniente de la nueva museología, encontró su cauce en las necesidades culturales y las demandas de conocimiento de diversos sectores del pueblo de Culhuacán.

Esa refrescante corriente conocida como “nueva museología” propuso, a partir de 1972 – durante la realización de la Mesa de Chile organizada por el Consejo Internacional de Museos (ICOM, por sus siglas en inglés)–, la creación de un nuevo paradigma que entendiera y construyera a los museos como espacios capaces de acercarse a los requerimientos de las personas y a la vitalidad de las sociedades donde se encontraban. De esta manera, las funciones sustantivas tradicionales de los museos perdían sentido y se reconocían como insuficientes. Desde ese mismo año se habló de un museo integrado, en la medida que podía ser parte activa y orgánica de una estructura social y cultural mayor, con el objetivo de actuar como un eslabón más de una cadena y no como una fortaleza para unos cuantos privilegiados.

Con esa intención, el Instituto Nacional de Antropología e Historia creó en 1984 el Centro Comunitario Culhuacán, que a partir de esa fecha opera bajo la siguiente definición:



Un “centro comunitario” es un espacio participativo, cuya premisa es conjugar las preocupaciones de las comunidades para ofrecerles la oportunidad de reconocerse en su patrimonio cultural, para descubrir y afirmar su valor, investigarlo, resguardarlo y disfrutarlo, estimulando la generación de proyectos de desarrollo basados en un aprovechamiento adecuado de su propio patrimonio (Payán, Vanegas y Bedolla, 1993).

Este número de *Rutas de Campo* aporta una visión panorámica del proceso derivado del compromiso entre el INAH y la comunidad, y de cómo esa poderosa alianza construyó un modelo propio de convergencia entre distintas disciplinas para la creación de una manera singular de cumplir las funciones institucionales.

Mediante la participación de los autores se documentan los trabajos arqueológicos en el que fue el antiguo embarcadero prehispánico, los acuerdos con la Escuela de Restauración para llevar a cabo la conservación del convento y la restauración de sus murales, los convenios con la delegación Iztapalapa y otras instancias que dieron como resultado la creación del parque histórico –hasta la fecha el único espacio para la recreación en la comunidad–, la remodelación del pueblo, así como la posterior fundación del museo de sitio.

En otros artículos se describen distintos mecanismos para sumar la intervención de los habitantes de la localidad. Por ejemplo, exposiciones y publicaciones que se apoyaron en la memoria, con préstamo de piezas o en la aportación de conocimientos para la recuperación de la historia, fiestas y tradiciones. O bien la apertura de talleres de iniciación artística y oficios para fortalecer la economía de las familias, además de la educación abierta, los cursos de vacaciones, ferias y festivales, entre muchas otras tareas.

Es importante señalar que el trabajo de conservación y mantenimiento del inmueble es una de las labores que se realizan continuamente. Por eso se incluyen asimismo textos que señalan el valor arquitectónico del inmueble y de sus murales, pero que también dan cuenta de las actividades de prevención, de la recuperación de espacios y de las múltiples posibilidades de uso y disfrute de los mismos; por ejemplo, presentaciones de libros, conferencias y conciertos que han ampliado los horizontes culturales de la diversidad de públicos que convoca el centro.

En consonancia con el reconocimiento de la participación comunitaria, varios artículos dan voz a la gente de Culhuacán por medio de testimonios conservados a lo largo de estos años. Esta valiosa participación de los habitantes se ejemplifica con las tareas asumidas por doña Tere Ambriz, importante colaboradora de la maestra Cristina Payán, cuyo empeño resultó fundamental para que la gente del pueblo confiara en el centro, se acercara y, en cierto sentido, lo habitara.

La intención de ampliar la experiencia se concretó en dos centros comunitarios más. Este ejemplar se cierra con la experiencia del caso del Centro Comunitario de Ecatepec.

Al cumplir 31 años de trabajo, el Centro Comunitario Culhuacán continúa trabajando con la finalidad de mantener una estrecha vinculación con la gente. No obstante, la comunidad ha cambiado. Este país no es el mismo, por lo que resulta necesario detenerse, reflexionar y explorar nuevos caminos para enfrentar de manera efectiva el futuro del patrimonio cultural tangible e intangible de México.

Diego Prieto Hernández

Bibliografía

Payán, Cristina, Juan Vanegas y Ana G. Bedolla, “El Centro Comunitario Culhuacán: una experiencia de corresponsabilidad en la custodia de un monumento histórico”, en Ramón Bonfil Castro *et al.*, *Memorias del Simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, INAH, 1993.